

consentir que lllore y patalee? ¡A tí ya te comprará otra más bonita y más graciosa, papá!"

Doña Amparo enjugóse unas lágrimas. Su hija renovaba viejas llagas.

—¡Ya no vive papá!

—Pero vive usted, madre... Además... Mayor que nunca soy ahora, y si entonces sabía ser tolerante y ceder aquella alegría mía, ¿cómo no habría de serlo ahora, en que la reflexión templó los impulsos primitivos de la voluntad?

—¡Tú vas a sufrir!

—No lo creáis... Rosa, Felipe, sed tan felices como pude desarlo para mí... Gozad de vuestro amor sin zozobras y sin arrepentimientos... Yo misma voy a fijar la fecha de la boda: dentro de una semana. Porque, eso sí, Rosa, llévate tu muñequita donde yo no la vea. Bueno que te quedes con ella, pero no que me la refriegues por las narices.

Rosa tendió, avergonzada, sus brazos a Isabel, que la estrechó contra su corazón. Luego Isabel estrechó las manos a Felipe, murmurando a su oído:

—Te la cedo para que la hagas feliz. Y guarda mejor tu corazón de las asechanzas del tedio...

—Había terminado la comida bajo el cendal invisible de una angustia que pedía aire libre para disiparse. Salieron los padres comentando el caso. Rosa y Felipe iban delante, dando rienda suelta a sus ilusiones y esperanzas. Y detrás, Isabel y Serafín.

—¡Qué ángel se pierde mi hermano!—decía conmovido el mozo por el gesto gallardo de la joven.

—Te hace exagerar el dolorcillo escocedor del desengaño... Porque tú amabas a Rosa...

—Como tú amabas... amas aún a Felipe...

—No le amo. Le amé. Me duele el engaño, la traición... pero, ¿qué iba a hacer? ¿casarme para no ser amada? Bien estoy de soltera, con mi madre, con tu amistad... Mira... ¿Sabes qué voy a hacer?

—Tú dirás.

—Buscarte novia... Maja, cariñosa, alegre, que te quiera como no habría sabido quererte Rosa.

—No, no, no... No quiero saber nada de mujeres...

—Haces mal.

—Voy a sufrir mucho.

—Más sufriré yo... ¡Arriba!

Llegaron los padres de Felipe con el mozo. Venía sofocado.

—No sé que le pasa al muchacho... Juraría que tiene fiebre... —decía doña Evarista.

—Ya se le pasará... —aseguró Isabel con leve tonillo irónico.— Le habrá tomado el sol...

Felipe sorprendido un poco del acento con que pronunció esas palabras Isabel, y procuró disimular la turbación de que estaba poseído.

Le ponían realmente febril los terrores que le acuciaban. Temía encontrarse frente a Rosa, al lado de la cual habría corrido para besarla, para abrazarla, para estrujarla entre sus brazos como suprema compensación al daño que había de haberle causado aquella declaración de Serafín, tan justa en la forma, tan inoportuna en el fondo, según apreciaciones de Felipe.

Isabel, sin mostrar enfado, colgóse del brazo de su novio. Notó que el joven se estremecía y le soltó, sin violencia, como un gesto natural e inconsciente... Pensó que aquel hombre no le pertenecía ya.

Felipe, para disimular su estado de ánimo, elogió la disposición de la mesa. Luego buscó con los ojos a Rosa. Esta no se había levantado aún, pero el joven no se atrevió a preguntar por ella. Sentíase cohibido bajo la mirada de su hermano.

Isabel volvió a las habitaciones de Rosa.

—Te aguardan — le dijo.—No te hagas esperar.

Rosa estaba ya en el tocador, procurando borrar las huellas de su malestar espiritual.

—Dime qué vas a hacer, hermanita.

—Entregarte mi muñeca mejor, la de más precio, la que más había anhelado...

—Yo no aceptaré tu sacrificio.

—Entonces... Tú quieres menos que yo a Felipe cuando buscas condenarle al infierno de fingir amor a una mujer que le es indiferente, y que se la haría a los pocos meses aborrecible...

—¡Le quiero con toda mi alma! ¡Pero también te quiero a tí!

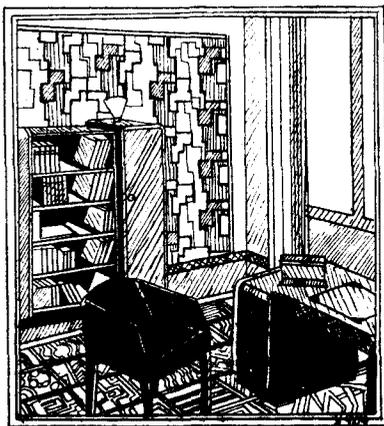
—Sí, a tu manera... No hablemos de nuestro amor... Obedéceme y saldremos ganando todos. Ten presente que si no cometes la más ligera rebelión, cuento todo lo que sé y lo que pudo termi-

Un joven beodo

En uno de los pueblos de Levante, pulula un chico llamado Juan, pero que todo el mundo ignora sus apellidos incluso él mismo que hasta viene a ignorar el pueblo en que se registró su nacimiento. Sólo sabe que fué expulsado de su aldea por beodo y aún más, porque al encontrarse en este lastimoso estado arrastrado por el feo vicio de la bebida, armaba tales escándalos y disputas que degeraban en sangrientas riñas, y que siempre hacían intervenir a las autoridades locales, que más de una vez se habían visto impotentes para evitar las enormidades producidas por la fermentación del alcohol consumido por el penden-ciero Juan.

En su nueva vecindad se dedicaba a lo mismo, a vaciar vasos de vino, y a más se dedicaba a la recolección de colillas, que recogía por las calles y establecimientos. Entre la concurrencia de los afés era ya costumbre hacerle contar su ignorada historia, que él naturalmente explicaba, abultada en detalles sentimentales a fin de hacer llegar al corazón de sus oyentes cierta impresión de conmiseración para así poder arrancar unos céntimos que a él convenía adquirir para gastarlos en vino.

Juan era, pues, el tipo popular de aquel



PARA VUESTRO DESPACHO. Nada más propio y digno de estudio que la decoración de la pieza destinada a despacho

pueblo. ¿Qué pueblo no tiene su tipo, ya sea un borracho, un loco, un maniático, un idiota, tipos que la mayoría son fingidos, para servir de base para quienes lo representan, para vivir sin trabajar, a costa de los vivos que creen divertirse a costa de sus torpezas?

La gente menuda tomaba una parte muy activa en sus burlas cuando encontraba a Juan por las calles haciendo *eses* y discursando sobre temas, que en los pocos momentos que tenía de lucidez ni él mismo recordaba.

La morada de Juan era un casucho viejo, arruinado, que se hallaba enclavado en las afueras del pueblo. En casi todas las localidades se encuentran esos edificios en ruinas, que sólo muestran su figura por las cuatro paredes que sostienen y que sirve de refugio a gitanos y gente maleante la mayoría de las veces fugitivos de la caza de la justicia.

Cierta día vió cómo una brigada de trabajadores derribaban los muros de su refugio y Juan, apenado, corrió a pedir clemencia al propietario para que le auxiliara toda vez que le despojaba del usufructo que él, libremente, se había tomado. El propietario le ofreció un puesto en las brigadas para ganarse un jornal, pero Juan, con una sonrisa maliciosa, dijo que no conocía el *oficio de trabajador* y prefirió mudar de localidad para seguir siendo beodo y representar el papel de *bobo* para vivir a costa de las almas sensibles, que siempre abundan en los pueblos.

MIGUELINA